

los soldados que mueren jóvenes, destrozados por una bala en una acción:

—¡Madre!

Súbito el pensamiento de mamaíta vino á ella; la vió llorando, vió al barón de rodillas delante de su cadáver yerto, y en un segundo comprendió todo el pesar de su desesperación.

Entonces cayó abatida sobre la nieve, y no huyó cuando Julián y el tío Simón, seguidos de Mario, que traía una linterna, la cogieron de los brazos y la echaron hacia atrás, porque estaba casi en la orilla.

Como no podía moverse, hicieron de ella lo que les dió la gana. Sintió que la llevaban, que la metían en el lecho, que la daban fricciones con paños ardiendo; luego se borró todo recuerdo, perdió toda noción de sí.

Una pesadilla—¿fué una pesadilla?—se apoderó de ella después. Estaba acostada en su cuarto. Era de día, pero no acertaba á levantarse. ¿Por qué? No lo sabía. De pronto oía un ruidito en el suelo, como arañazos, roces, y de repente un ratón, un ratoncillo gris, pasaba con viveza sobre las ropas de su cama. Otro ratón le seguía, y luego otro, que se la subía por el

pecho con un trote vivo y menudo. La joven no tenía miedo, pero quiso coger el animalillo y alargó su mano, aunque no consiguió nada.

Entonces, otros ratones, diez, veinte, cientos, miles de ellos surgieron por todas partes. Trepaban á las columnas, desfilaban por las tapicerías, cubrían toda la cama y se metían bajo las ropas; Juana los sentía cómo se deslizaban por su piel, la hacían cosquillas en las piernas, bajaban y subían todo á lo largo de su cuerpo. Los veía que subían de los pies de la cama para entrársela en el pecho, y se agitaba; extendía sus manos abiertas para coger alguno, y las cerraba constantemente vacías.

Esto la exasperaba, quería huir, gritaba, y la parecía que la tenían inmóvil, que unos brazos vigorosos la sujetaban, paralizándola; pero no veía á nadie.

No tenía la noción del tiempo. Aquello debió ser largo, larguísimo.

Luego tuvo un despertar, un despertar rendido, cansado, y, sin embargo, dulce. Sentíase débil, muy débil. Abrió los ojos y no se extrañó de ver á mamaíta sentada en su habitación, con un hombre desconocido para ella.

¿Cuántos años tenía? Lo ignoraba, y se creía una niña. Tampoco se acordaba de nada.

El hombre, grueso, dijo:

—Ya recobra el conocimiento.

Y mamaíta se echó á llorar. Entonces, el mismo hombre añadió:

—Vamos, tranquilizáos, señora baronesa; ya os he dicho que ahora respondo de ella. Pero no le habléis de nada, de nada. Que duerma.

Y le pareció á Juana que vivía aún mucho tiempo amodorrada, invadida por un sueño pesado; apenas se proponía pensar, y no se lo proponía, como si vagamente tuviese miedo á que la realidad reapareciese en su imaginación.

Un día, al tiempo de despertarse, vió á Julián que estaba solo á su lado; y bruscamente, como si se rasgase el velo que ocultaba su vida pasada, la vió toda ella.

Sintió un dolor horrible en el corazón, y quiso huir de nuevo. Echó lejos de sí las ropas, saltó al suelo, y cayó, porque sus piernas se negaban á sostenerla.

Julián se lanzó hacia ella; y ella se puso á gritar para que él no la tocase. Retorcíase, se agitaba. Abrióse la puerta. Tía Lison, con la

viuda Dentú, acudía, y detrás el barón, y, siguiendo á todos, mamaíta, que venía sofocada,

Volviéronla á la cama; y en seguida cerró los ojos para no hablar y reflexionar á sus anchas.

Su madre y su tía la cuidaban, andaban á su alrededor, la preguntaban:

—¿Nos oyes ahora, Juana, Juanita?

Ella, sin contestar, se hacía la sorda, no respondía; y notó perfectamente que el día acababa. Llegó la noche. La enfermera se sentó á su lado, y de cuando en cuando la daba de beber.

Bebía sin decir nada, pero no dormía ya; razonaba penosamente buscando algo que se la escapaba, como si hubiese tenido agujeros en su memoria, grandes espacios en blanco y vacíos en que no estaban señalados los sucesos.

Poco á poco, y después de largos esfuerzos, reconstituyó los hechos.

Y pensó en ellos con fija obstinación.

Mamaíta, tía Lison y el barón habían venido; luego había estado muy enferma. Pero ¿y Julián? ¿Qué había dicho? ¿Sabrían algo sus padres? Y Rosalía, ¿dónde estaba? Y ella, ahora, ¿qué iba hacer? Se la ocurrió una idea luminosa;

volver á Rouen con papá y mamaíta como antiguamente. Sería viuda; eso es todo.

Entonces esperó, oyendo lo que hablaban alrededor de ella, comprendiendo muy bien, sin dejarlo ver, gozando de este regreso de su razón, astuta y paciente.

Por fin, aquella noche se quedó sola con la baronesa y la llamó en voz baja:

—¡Mamaíta!

Tan cambiada la pareció su voz, que se extrañó al oírla. La baronesa estrechó sus manos.

—¡Hija! ¡Querida Juana! ¡Hija mía! ¿Me reconoces?

—Sí, mamaíta; pero no llores, porque tenemos que hablar mucho. ¿Te ha dicho Julián por qué me escapé en medio de la nieve?

—Sí, monina; has tenido una fiebre altísima, y muy peligrosa.

—No es eso, mamá. La fiebre me atacó después; pero ¿te ha dicho la causa de esta fiebre, y por qué me fuí?

—No, hija mía.

—Pues fué porque le ví acostado con Rosalía.

La baronesa creyó que deliraba todavía, y se puso á hacerla caricias.

—Duérmete, hija mía; serénate, trata de conciliar el sueño.

Pero Juana, insistente, añadió:

—Estoy en mi juicio, mamaíta; no deliro como he debido delirar estos últimos días. Una noche en que me sentía enferma fuí á buscar á Julián. Rosalía estaba acostada con él. El dolor me hizo perder la cabeza y huir por la nieve para arrojarme al mar.

Pero la baronesa insistía:

—Sí, monina; has estado muy enferma, muy enferma.

—No es eso, mamá; he encontrado á Rosalía en la cama de Julián, y no quiero quedarme con él. Me iré con vosotros á Rouen, como antes.

La baronesa, á quien el médico había recomendado que no contrariase á Juana en nada, contestó:

—Sí, hija mía.

Pero la enferma se impacientó:

—Ya veo que no me crees. Anda á buscar á papá, y verás cómo, al fin y al cabo, me comprende.

Y mamaíta se levantó con dificultad, cogió los dos bastones en que se apoyaba, salió arras-

rando los pies y volvió á poco con el barón, en quien se apoyaba.

Sentáronse delante del lecho, y Juana empezó á hablar. Poco á poco, con voz débil, pero clara, lo contó todo: el carácter extravagante de Julián, sus durezas, su avaricia y, por último, su infidelidad.

Cuando acabó, el barón comprendió perfectamente que no divagaba; pero no sabía qué contestar ni resolver.

Cogióla con ternura una mano, como antiguamente cuando la dormía contándole cuentos:

—Oye, hija mía, hay que obrar con prudencia. No hagamos nada atropelladamente; trata de soportar á tu marido hasta tanto que una resolución cualquiera... ¿Me lo prometes?

La joven murmuró:

—¡Bueno! Pero cuando me cure, no me quedaré aquí.

Luego, bajando la voz, añadió:

—¿Dónde está ahora Rosalía?

El barón añadió:

—No la verás más.

Pero Juana se obstinaba:

—¿Dónde está? Quiero saberlo.

Entonces el barón confesó que aún no se había marchado, pero que se iba á marchar.

Al salir del cuarto de la enferma, acalorado por la cólera, herido en su corazón de padre, fué á buscar á Julián, y le increpó:

—Caballero, vengo á pedir os cuenta de vuestra conducta para con mi hija. La habéis engañado con vuestra criada. Es una doble indignidad.

Pero Julián se hizo el inocente, negó con pasión, puso á Dios por testigo. ¿Qué prueba había para acusarle? ¿Acaso no estaba loca Juana? ¿No acababa de sufrir una fiebre cerebral? ¿No había huído una noche, por entre la nieve, en un acceso de delirio, en los comienzos de su enfermedad? ¡Y precisamente aquella noche, en medio de aquel acceso, cuando corría casi desnuda por la casa, es cuando pretendía haber visto á la criada en el lecho de su marido!...

Y se arrebató; amenazó con un proceso; se indignaba con vehemencia. Y el barón, confundido, le ofreció sus excusas, le pidió perdón y le tendió su mano leal, que Julián no quiso recoger.

Al conocer Juana la contestación de su mari-

do, no se incomodó, limitándose á contestar:

—Miente, papá; pero ya concluiremos por convencerle.

Y durante dos días estuvo recogida en sí misma, taciturna, pensativa.

A la tercera mañana quiso ver á Rosalía. El barón se negó á que subiera la criada. Aseguró que se había ido. Juana no cedió, y repetía:

—Pues que vayan á buscarla á su casa.

Y ya se incomodaba, cuando entró el doctor, á quien contaron todo para que juzgara y decidiera. Pero de pronto, Juana, enervada más por la contradicción, se echó á llorar, gritando entre sollozos:

—Quiero ver á Rosalía; quiero verla.

El médico entonces, cogiéndola una mano y en voz baja, la dijo:

—Tranquilizáos, señora; toda emoción podría ser grave, porque estáis en cinta.

Juana se quedó anonadada, como herida por un golpe, y en aquel momento creyó sentir que algo se movía en su interior. Luego se quedó silenciosa, sin oír lo que la decían, absorbiéndose en su pensamiento. Agitada por aquella idea nueva y extraña de que una criatura vivía

en ella, no pudo dormir en toda la noche; y triste, apenada, sintiendo que fuera hijo de Julián, inquieta, porque temía que se pareciese á su padre. Al rayar el día hizo que viniese el barón.

—Papaíto, he tomado mi resolución; quiero saberlo todo, ahora más que nunca: ¿oyes? lo quiero, y sabes que en la situación en que estoy no hay que contrariarme. Escúchame bien. Vas á ir á buscar al señor cura. Le necesito, para que no mienta Rosalía; luego, cuando llegue, harás que suba esa chica, y te quedarás aquí con mamáta. Sobre todo, cuida de que Julián no sospeche nada.

Una hora más tarde entraba el sacerdote, más grueso aún, tan jadeante como mamáta. Sentóse cerca de ella en un sillón, con el vientre caído entre sus abiertas piernas, y empezó á chancearse, mientras se pasaba su pañuelo de cuadros por la frente.

—Y bien, señora baronesa, parece que no adelgazamos. Yo creo que engordamos á la par.

Luego, volviéndose hacia el lecho de la enferma:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es lo que me han dicho, señora mía, que pronto vamos á tener otro bau-

tizo? ¡Ahl ¡Ahl ¡Esta vez no será de una barca!

Y añadió con gravedad:

—Será de un defensor para la patria.

Y, después de pensar un rato:

—A menos que sea una buena madre de familia:—Y saludando á la baronesa:—como vos, señora.

Pero la puerta del fondo se abrió. Rosalía, como una loca, llorando, se negaba á entrar, agarrándose al marco de la puerta, de donde la empujaba el barón. Impacientado éste, la empujó con fuerza, haciéndola entrar. Entonces ella se cubrió el rostro con las manos, y quedó en pie sollozando.

En cuanto la vió Juana, se incorporó bruscamente, se sentó en la cama, más pálida que las ropas, y su corazón agitado levantaba con sus latidos la delgada camisa, pegada á su piel. Sofocada, respirando apenas, no podía hablar. Por fin, con voz cortada por la emoción, dijo:

—No... no... no tendré... no tendría necesidad de preguntarte... Me basta... verte... así... ver cómo te avergüenzas... delante de mí...

Hizo una pausa, porque no podía hablar, y continuó:

—Pero quiero saberlo todo... todo... todo. He hecho venir al señor cura para que sea como una confesión: ¿oyes?

Inmóvil Rosalía, exhalaba gritos ahogados entre sus manos crispadas.

El barón, á quien la cólera invadía, la cogió por los brazos, la sacudió con fuerza, y haciéndola que se arrodillase junto al lecho:

—Habla,—pues,—la dijo. Contesta.

La criada permaneció en el suelo, en esa actitud en que se representa á las Magdalenas, con la cofia torcida, el delantal por el suelo, velado nuevamente el rostro por las manos, que ya estaban libres otra vez.

Entonces la habló el sacerdote:

—Vamos, hija mía, escucha lo que te dicen, y contesta. No queremos hacerte daño; pero sí queremos saber lo que ha ocurrido.

Juana, inclinada sobre el borde del lecho, la miraba. La preguntó:

—¿Es verdad que estabas acostada con Julián cuando yo os sorprendí?

Por entre sus manos gimió Rosalía:

—Sí, señora.

Al oirla, la baronesa se echó á llorar, también

muy sofocada, y sus sollozos convulsivos acompañaban á los de Rosalía,

Juana, con los ojos fijos en la muchacha, continuó:

—¿Desde cuándo era eso?

Rosalía balbuceó:

—Desde que vino.

Juana no comprendía.

—¿Desde que vino!... Entonces... ¿desde... desde la primavera?

—Sí, señora.

—¿Desde que entró en esta casa?

—Sí, señora.

Y como si las preguntas la hiciesen daño, Juana interrogó con voz precipitada:

—Pero ¿cómo fué? ¿Cómo te solicitó? ¿Cómo te entregaste á él? ¿Qué te dijo? ¿Cómo cediste? ¿Cómo pudiste?...

Y Rosalía, apartando ahora sus manos, presa también de la necesidad de hablar:

—No sé. El día que comió aquí por primera vez, fué á buscarme á mi cuarto. Se había escondido en el granero. No me atreví á gritar, por no dar escándalo. Se acostó conmigo. ¡Si hubiese sabido lo que en aquel momento ha-

cía!... ¡Hizo lo que quiso! ¡No dije nada, porque me gustaba!

Entonces Juana, dando un grito:

—Pero tu... tu hijo... ¿es suyo?

Rosalía sollozó:

—¡Sí, señora!

Luego, una y otra se callaron.

Sólo se oía el ruido de las lágrimas de Rosalía y de la baronesa.

Juana, abrumada, sintió á su vez que sus ojos se arrasaban, y lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

El hijo de la criada y el suyo tenían el mismo padre. Su cólera se había desvanecido. Sentíase ahora invadida por una desesperación sombría, lenta, profunda, infinita.

Por fin se recobró un tanto, y con la voz alterada, húmeda, voz de mujer que llora, añadió:

—Cuando volvimos... de allá... del viaje... ¿cuándo empezó?

La criada, caída en tierra, balbuceó:

—La... primera noche.

Cada palabra retorció el corazón de Juana. Es decir, que la primera noche, la noche del regreso á los *Pueblos*, la había dejado por aquella

muchacha. ¡Por eso había separado cama y la dejaba dormir sola!

Ya sabía bastante; ya no quería saber más.

—¡Vete! ¡Vete! gritó.

Y como Rosalía no se moviese, aniquilada, Juana llamó á su padre.

—¡Llévatela! ¡Llévatela!

Pero el cura, que aún no había dicho nada, creyó llegada la ocasión de sermonear un poco:

—Lo que has hecho está muy mal, hija mía, muy mal, y el buen Dios no te perdonará tan fácilmente. Piensa en el infierno, que te espera si en adelante no observas buena conducta. Ahora que tienes un hijo, es preciso que te arregles. La señora baronesa hará algo por ti, y te encontraremos un marido...

Mucho tiempo hubiera seguido hablando; pero el barón cogió de nuevo á Rosalía por los brazos, la levantó, y llevándola hasta la puerta, la arrojó como un fardo al corredor.

En cuanto volvió, más pálido que su hija, el sacerdote volvió á tomar la palabra:

—¡Qué queréis! Así son todas en el pueblo. Es una desolación, pero no podemos nada contra ella, y hace falta algo de indulgencia para

las flaquezas de la carne. No hay una que no se case en cinta, señora.

Y añadió sonriendo:

—Parece una costumbre local.

Luego, con indignación:

—¡Hasta los niños se mezclan en esto! ¿No me encontré á dos criaturas el año pasado en el cementerio, un chico y una chica de las que van á la doctrina? Previne á los padres. ¿Sabéis lo que me contestaron? «¡Qué quiere usted, señor cura! No podemos evitarlo; no somos nosotros quienes les enseñan esas porquerías.» De modo, señor barón, que vuestra criada ha hecho lo que las demás...

Pero el barón, que temblaba de cólera, le interrumpió:

—¿Y qué me importa á mí ella? Julián es quien me indigna; lo que ha hecho es infame, y me llevo á mi hija.

Y se paseaba por la habitación, animándose cada vez más, desesperado:

—¡Es infame haber hecho traición á mi hija de ese modo, infame! Ese hombre es un perdido, un canalla, un miserable, y yo se lo voy á decir; voy á abofetearle, á matarle á palos.

Pero el sacerdote, que lentamente absorbía un polvo de tabaco junto á la baronesa, que lloraba, y que trataba de cumplir su ministerio de paz, añadió:

—Vamos á ver, señor barón; aquí para entre los dos, ha hecho como todos. ¿Conocéis á muchos esposos fieles?—Y añadió con malicia:—Apostaría á que vos mismo tenéis algo de que arrepentiros. Vamos, ponéos la mano sobre el corazón: ¿me engaño?

El barón, sorprendido, había hecho alto en sus paseos, enfrente del sacerdote, que prosiguió:

—Bueno, habéis hecho lo que todos. ¿Quién sabe si no habéis tropezado con alguna criadilla como ésta? Y no por eso ha sido menos feliz ni menos amada vuestra esposa, ¿verdad?

El barón, cortado, no se movía.

¡Caramba! Era verdad; era verdad que él había hecho lo mismo, y más aún, siempre que había podido, sin respetar tampoco el domicilio conyugal, sin vacilar nunca ante las doncellas de su mujer cuando eran guapas. ¿Y era por eso un miserable? ¿Por qué juzgaba tan severamente la conducta de Julián, siendo así que

nunca creyó que su conducta fuese culpable?

Y la baronesa, sacudida aún por sus sollozos, sintió pasar una sonrisa por sus labios al acordarse de las calaveradas de su marido, porque era de esa raza sentimental que se entenece pronto, y benévola, para quien las aventuras amorosas forman parte de la existencia.

Juana, aniquilada, con los ojos abiertos ante ella, tendida de espaldas y con los brazos inertes, pensaba dolorosamente. Una palabra de Rosalía habíala llegado á lo vivo, hiriéndola en el alma, entrándola como una barrena en el corazón:—Yo no dije nada, porque me parecía guapo.

A ella también le gustaba; y sólo por esto se había dado, se había unido de por vida á aquel hombre, renunciando á cualquier otra esperanza, á los proyectos entrevistos, á todo lo desconocido del día siguiente. Había caído en aquel matrimonio, en aquel agujero sin bordes para salir de él, hundiéndose en aquella miseria, en aquella tristeza, en aquella desesperación, sólo porque, como Rosalía, le había encontrado guapo.

Abrióse de golpe la puerta, y entró Julián

huraño, terrible; había visto en la escalera á Rosalía desesperada, y comprendiendo que la muchacha había hablado, que allí se tramaba algo, venía á enterarse. La presencia del sacerdote le dejó inmóvil.

Con voz trémula, pero aplacada, preguntó:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

El barón, tan furioso un momento antes, no sabía qué decir, temiendo que su yerno le devolviese el argumento empleado ya por el sacerdote. Mamaita gimoteaba con más fuerza; pero Juana se había levantado, apoyada sobre sus manos, y miraba, jadeante, á aquel que la hacía sufrir tan cruelmente. Balbuceó:

—Lo que hay es que ya no ignoramos nada, que sabemos todas vuestras infamias desde... desde el día que habéis entrado en esta casa... Hay, que el hijo de esa criada es vuestro... como... como el mío. Los dos serán hermanos...

Y como este pensamiento la abrumase, re-crudeciendo su dolor, se dejó caer sobre las sábanas, y lloró á lágrima viva.

Julián permanecía con la boca abierta, sin saber qué decir. El cura intervino de nuevo:

—Vamos, vamos, no nos apenemos así, mi joven amiga; sed razonable.

Se levantó, acercóse al lecho, y puso su mano tibia sobre la frente de la pobre mujer desesperada. Este simple contacto la calmó de un modo extraño; experimentó cierta languidez, como si aquella gruesa mano de campesino, acostumbrada á los gestos que absuelven, á las caricias que confortan, la hubiera traído con su contacto un adormecimiento misterioso.

El buen hombre, que continuaba en pie, siguió así:

—Señora, hay que perdonar. Os acontece una gran desgracia; pero Dios, en su misericordia, la ha compensado con una gran felicidad, puesto que vais á ser madre. Ese niño será vuestro consuelo. En su nombre, os suplico y os conjuro á que perdonéis el error de M. Julián. Será un nuevo lazo entre los dos, una prenda de su futura fidelidad. ¿Cómo habéis de vivir separada de aquel cuyo fruto llevais en vuestras entrañas?

Ella no respondía, cansada, dolorida, agotada ahora, sin fuerza ni para el rencor, ni para la cólera; como si la hubiesen cortado los ner-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "PLF. 40 H. 125"
 1625 MONTERREY, MEXICO

vios, como si la hubiesen soltado, casi sin vida.

La baronesa, á quien parecía imposible todo resentimiento, y cuya alma era incapaz de todo esfuerzo prolongado, murmuró:

—Vamos, Juana.

Entonces el sacerdote, atrajo al vizconde hacia el lecho de su esposa, y cogiéndole una de sus manos, la colocó en la mano de Juana; dió en ellas un golpecito para unir las definitivamente; y, abandonando su tono predicador, dijo muy satisfecho:

—Vaya, ya está hecho: creedme, así es mejor.

Luego las dos manos, un momento juntas, se separaron. No atreviéndose Julián á abrazar á Juana, besó en la frente á su suegra, giró sobre sus talones, cogió el brazo del barón, que no se le resistió, contento, en el fondo, de que así se hubiera arreglado todo, y salieron juntos para fumar un cigarro.

Entonces la enferma, aniquilada, se acurrucó; mientras el sacerdote y mamaíta charlaban en voz baja.

El cura hablaba explicando, desarrollando sus ideas, y la baronesa asentía á todo con un signo de cabeza. Por fin concluyó diciendo:

—Conque quedamos en eso; dais á esa chiquilla la granja de Barville, y yo me encargo de buscarla un marido, un buen chico, muy correcto. ¡Oh! Con un dote de 20.000 francos no han de faltarnos pretendientes. Lo único que nos costará trabajo será elegir.

Y la baronesa se sonreía ahora, dichosa, luciendo dos lágrimas que se habían quedado paradas en sus mejillas, pero cuyo surco húmedo estaba ya seco.

Y repetía:

—Convenido; Barville vale, tasado por lo bajo, 20.000 francos; pero lo colocaremos en cabeza del niño; los padres no tendrán más que el usufructo de por vida.

Y el cura se levantó, estrechando la mano de mamaíta:

—No os molestéis, señora, no os molestéis; yo sé lo que vale un mal paso.

Al salir se encontró á tía Lison que venía á ver á su enferma. Tía Lison no advirtió nada; no la dijeron nada, y, como siempre, no supo nada.